

UNA COMIDA ECONOMICA Y UNA CENA POLITICA

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Cuando digo "una comida económica" me refiero al aspecto técnico de la palabra, porque fue una jornada con comida, dedicada a los asuntos económicos de la empresa por un profesor de economía. Para nada me refiero al precio de esta sesión, ya que el coste de la conferencia, comida y coloquio fue de 5.000 pesetas.

Cerca de quinientos directivos de empresas medianas, sobre todo, asistieron a estas llamadas siete horas de trabajo, que más bien fueron siete horas de escuchar a los demás, porque sólo oímos o preguntamos por escrito, sin más trabajo personal.

Si tuviera que calificar la conferencia del inteligente profesor Galbraith, tendría que decir que parecía un resumen de sus ideas para débiles mentales. Así de elemental y poco profunda fue su costosa inserción, que, según se me ha dicho —no sé si será verdad—, le supuso al conferenciante más de un millón de pesetas de compensación económica.

Las intervenciones de los "panelistas" —como con nombre bárbaro se llamó a la mesa redonda— fueron en mi opinión más cuidadas, salvo la intervención a última hora del señor Bau Carpi, en sustitución de Silva Muñoz, que no pudo asistir no sabemos bien por qué. El señor Bau nos respondió diciendo que no era aquella ocasión para dar su opinión. ¿Por qué?, nos preguntamos todos.

Quien recogió mayor número de aplausos no fue el brillante profesor Fraga Iribarne, sino el discreto presidente de Altos Hornos, Juan Miguel Villar Mir. Su realismo, un poco conservador, mereció mucha más aprobación que la descripción de la economía que presentó el profesor Galbraith, o cualquiera de los componentes de la mesa, incluido el joven mo-

derador, con buena dosis de humor, Garrigues Walker.

El profesor Galbraith, cuya figura —y su palabra— tiene mucho parecido con un desgarrado diplodocus, creo que no midió suficientemente el nivel intelectual de la mayoría de los asistentes, que se sintieron insatisfechos por dos cosas: 1) el poco nivel de la conferencia, tan infantilmente elemental, y 2) el esquema puramente norteamericano de sus ideas, difícilmente aplicables a España.

El único elemento positivo fueron los rasgos de humor evidente que tuvo en varias ocasiones, y principalmente al verse amablemente asaeteado por sus compañeros de mesa y por la mayoría de los asistentes. El discutido consejero económico de los Presidentes Kennedy y Johnson y del candidato fracasado McGovern, está acostumbrado a que le lleven la contraria, si bien, supongo yo, que por cosas más profundas que las que el otro día dijo.

El esquema de la economía norteamericana, planteado por Galbraith en sus obras y en su disertación, sobre todo en el libro «The New Industrial State», es muy simplista: unas pocas grandes empresas suponen una economía de planificación orientada por ellas mismas, y en USA serán poco más de un millar, y las pequeñas empresas —que son las restantes para Galbraith— están sustentadas en una economía de mercado, siendo diez millones de empresas de esta clase las que hay en los Estados Unidos. En el sistema de mercado de las pequeñas empresas hay cuatro tipos: 1) la agricultura, las ventas al por menor y todas aquellas actividades que suponen una gran dispersión geográfica, donde el individuo marca el ritmo de trabajo, que siempre

es muy lento en todos los países, a menos que se pongan incentivos materiales; 2) los que venden algo personal, como es un abogado o una prostituta, según señaló textualmente Galbraith; 3) aquellas actividades económicas con un contenido artístico central, donde el individuo cuenta más que nada, y 4) ciertas actividades que tienen una característica todavía artesanal. Estas son las que componen las que él llama pequeñas empresas, que supone que siempre existirán, ya que su cometido es distinto del de la gran empresa.

La pregunta que le hicieron, por activa y por pasiva, es: ¿Dónde se encuentran las empresas de tipo medio, que constituyen lo más importante, por ejemplo, de la economía española? Y no supo qué contestar, salvo decir que en España dentro de diez años estaremos igual que en Norteamérica.

Según él, la gran empresa es dirigida por la "tecnología-estructura". Los accionistas o los Consejos de Administración no tienen nada que hacer en ella.

Para Galbraith, en el sistema de mercado de la pequeña empresa, lo principal es el beneficio; pero en la gran empresa, supuesto un cierto nivel mínimo de beneficio, la intención fundamental es su desarrollo y expansión.

Hablando del hombre que trabaja, piensa que fundamentalmente se mueve por el interés material de riqueza. ¿Por qué no habló de la complejidad de motivos que escribe en sus libros? Y al plantear todos estos esquemas económico-sociales, salvo el decir que la inflación no le gustaba, y que los Gobiernos tendrían que controlar precios y salarios, concluyó confesando a los asistentes que bastante había hecho si nos convenía de que había

muchos problemas y de que él no tenía solución para los mismos, sino que la solución tendríamos que encontrarla nosotros.

Si esto es el pensamiento básico de un economista que en Norteamérica es titulado como de izquierdas, sinceramente no puede ser más descorazonante el balance de lo que allí escuchamos. Porque sabe analizar (y en esta conferencia, con bastante poca profundidad), pero no abrir perspectivas convincentes.

Quizá nadie mejor que su compatriota Robert L. Heilbroner ha contestado a bastantes de las afirmaciones e interrogantes de la conferencia de Galbraith, en su libro reciente: «Entre el capitalismo y socialismo» (Alianza Editorial).

"El ansia de acumular riquezas —dice— es un complicado fenómeno", y no tiene el carácter de simplismo que le quiso dar Galbraith. Psicológicamente, el psicoanálisis tiene mucho que decir sobre el infantilismo de los que tienen ese hambre voraz "adquisitivo"; es resultado fundamentalmente de una falta de madurez psicológica, que ya algunos directivos del mundo capitalista tienden a superar, y a sustituirla por un afán de poder que no deja de ser menos peligroso que el anterior. Pero, además, este afán de riquezas como motor de la economía capitalista no tiene solamente unas raíces psicológicas, sino que la estructura social es otra importante y decisiva causa, ya que todo este sistema se encuentra fundamentado en el criterio de la riqueza individual a todos los niveles y estamentos personales y estructurales.

Resultó extraño escuchar, de un profesor aparentemente izquierdista, su fatalismo sobre el futuro, cuando, sin embargo, co-

Un kilo de más, puede convertirse en un año "de menos"

(NO CONDENE SU CORAZON A "TRABAJOS FORZADOS")

Vigile con regularidad su peso, es importante. Y controle sus comidas, es fundamental. Confie en **ARTUA** el aceite de maiz poliinsaturado, más ligero, más digestivo, y especial para mantenerse en plena forma. Coméntelo con su médico.



ARTUA cuida el tic tac de su corazón.
Registro de Sanidad n.º 16.690

Garantizado por
KOIPE, S. A.

UNA COMIDA ECONOMICA Y UNA CENA POLITICA

mo dice muy bien Heilbroner, "el socialismo cree fundamentalmente en que el hombre se hace a sí mismo". La educación y el ambiente son los que crean al hombre, y no hay por qué tener que pensar en una estructura inexorable occidental, a la cual se le apliquen unos cuantos parches dirigistas para quedar satisfechos. Sin embargo, en su citado libro sobre el Estado industrial, parece poner una esperanza en la fuerza de la educación intelectual y artística para superar el callejón sin salida del capitalismo industrial. ¿Por qué no insistió en ello durante su conferencia?

La casi única gran verdad de la conferencia de Galbraith fue decir que existe una aristocracia americana de los negocios, que es casi omnipotente ante el país y ante los dirigentes políticos.

Casi ninguno de los economistas, avanzados o retrógrados, del mundo capitalista tiene nada nuevo que ofrecer ni nada que pueda ilusionar profundamente al hombre, ni orientar los problemas que tiene planteados en el mundo actual. Cuanto más, se limitan, como Galbraith en sus libros, pero no en su conferencia, a criticar algunos aspectos del capitalismo, sin dar salida a un nuevo proyecto.

Y no se dan tampoco cuenta de lo que acaba de decir, con profundidad, la Asamblea General de la Federación Protestante Francesa: "Demasiado a menudo se pone en primer lugar al poder político y al poder económico, pero no debemos jamás olvidar ni el poder de la tecnocracia, ni el poder pedagógico, ni el poder cultural". Nuestros grandes promotores de la Institución Libre de Enseñanza en España tuvieron hace casi un siglo esta misma visión y fueron los únicos que nos dieron ejemplo a los españoles de una vía, lenta pero eficaz, de posible solución futura de nuestros males: la cultura y la educación. Esa es la única incidencia que puede abrirnos un camino positivo hacia el porvenir que pueda satisfacer nuestra estructura de hombres y nuestra tendencia social, que el capitalismo demasiadas veces encoge y

empequeñece, pero que va surgiendo aquí o allá, inquietantemente para los establecidos y conformistas de ese sistema. Lo único que necesita es darle un insistente cauce educativo por el camino de la cultura y del arte, para desprendernos del espejismo hipnótico en que vivimos con la tecnocracia occidental.

No menos digna de comentario por su poco nivel, en mi opinión, fue la última cena política de las que convoca el privilegiado Gavilanes con su compañero Ballarín. Si quisiera resumir en dos palabras lo que representó, diría que fue una mezcla de confusión y de insulsez, ya que los incidentes en los que tanto se ha fijado todo el mundo —como el acalorado "tête-à-tête" del profesor Prados Arrarte y de Emilio Romero— no fue sino producto de esos dos factores. No se puede traer a un soporífero y poco enterado italiano a teorizar sobre España desconociendo lo que ocurre en el país. El desagrado que entre muchos de los asistentes produjo el señor Elia Valori superó los límites de la fuerte paciencia de los que allí asistíamos, y no es extraño que los nervios estallasen entre los españoles, al reprimir excesivamente la irritación producida por el extranjero invitado: fue un caso de "proyección" freudiana.

Parece ser incluso que Ballarín no está conforme con lo que allí ocurrió, en cuanto al desarrollo del temario y elección del conferenciante, porque, ciertamente, es difícil aceptar que nuestro país sea el de los planteamientos que se hicieron a nivel de la superestructura teórica, cuando lo interesante hubiera sido hablar en concreto de la España de hoy, de la España de los que vamos por la calle sin más y de quienes nos preocupa lo que dijo con asombro Galbraith que había visto en China: "cuando en Occidente —decía el profesor americano— al hombre no le gusta trabajar, en cambio, en China, he visto por las carreteras trabajando a hombres solos, sin ningún control y con entusiasmo".

Ni comida "económica", ni cena "política" fueron estos dos actos, a pesar de los títulos que cada uno de ellos exhibía.

FEIFFER

LES PREGUNTO:
"¿POR QUÉ TENGO
QUE COMER COSAS
QUE ME
DAN ASCO?"



Y DICEN:
"ESO ES
BUENO
PARA TI."



LES PREGUNTO:
"¿POR QUÉ TENGO
QUE IR A
UNA ESCUELA
QUE ODO?"



Y DICEN:
"ESO ES
BUENO
PARA TI."



LES PREGUNTO:
"¿POR QUÉ TENGO
QUE PERTENECER A UN CLUB
QUE DETESTO?"



Y DICEN:
"ESO ES
BUENO
PARA TI."



LES PREGUNTO:
"¿POR QUÉ OS
QUEDAIS FUMANDO,
BEBIENDO
Y VIENDO LA
TELE TODA
LA NOCHE?"



Y DICEN:
"PARA OLVIDAR
NUESTRA
INFELIZ
INFANCIA."



©1972 MRS. FEIFFER